

## CAPITULO CXCI.

Medidas importantes de las Cortes de Cádiz.—Cortes ordinarias.—Trasládase la Regencia á Madrid.—Pasa el Bidasoa el ejército anglo-español.

ACALORADAS eran las discusiones á que estaba dando lugar la demanda de muchos diputados, pidiendo que la corte se trasladase á Madrid.

El partido antireformista había recibido un gran refuerzo con la llegada de los diputados de las provincias que iban dejando libres los franceses, así era que las discusiones tomaban en algunos momentos un carácter de apasionamiento tan marcado, que entorpecían, si así podemos expresarnos, la marcha libre y desembarazada que aquellas circunstancias exigían entonces más imperiosamente.

El deseo manifestado por algunos, de trasladarse á Madrid, encontraba grandes opositores, puesto que había tendencias muy marcadas por parte de aquellos patriotas á que Madrid dejara de ser la capital de la monarquía.

Pero en cambio otros, que deseaban separarse cuanto antes de aquel foco de exageradas ideas, según las calificaban, no veían, como vulgarmente se dice, el momento de regresar á él.

La mudanza solicitada aplazóse por entonces, y la proposición que se hizo para que las Cortes ordinarias se abriesen en 1.º de octubre en la capital, fué desechada únicamente por cuatro votos.

Importantes eran las medidas que en medio de todo esto tomaban las Cortes Constituyentes.

Entre ellas debemos citar la de que, tanto las Diputaciones como los Ayuntamientos, se suscribiesen al *Diario de las sesiones de Cortes* y á la colección de sus decretos, abonándose estas suscripciones de los fondos de propios.

Adiciónóse la ley de imprenta y el nuevo reglamento para las juntas de censura, formando parte de esta ley la disposición que aseguraba á los autores y después á sus herederos por el espacio de diez años, la propiedad de sus escritos.

Ordenóse el establecimiento de cátedras de economía civil en todas las universidades, así como también escuelas prácticas de agricultura en las capitales de provincia.

Los dueños de fincas rústicas, ya fueran libres ó vinculadas, quedaban autorizados, en virtud de otras disposiciones, para cercarlas, acotarlas ó beneficiarlas, como mejor les pareciese.

Conforme con otra disposición, todos los españoles, sin distinción de clases ni condiciones, venían obligados al servicio de alojamientos y bagajes.

La pena de azotes, tanto á los reos en las calles como á los niños en las escuelas y colegios, quedó suprimida también, diciendo el texto que: como «contrario á la dignidad de los que son ó nacen y se educan para ser hombres libres y ciudadanos de la heroica y noble nación española.»

Decreto del mismo modo que todos los Ayuntamientos quitasen y demoliesen los signos de vasallaje que existieran en sus respectivas localidades, puesto que en lo sucesivo «los pueblos de la nación española no reconocen ni reconocerán jamás otro señorío que el de la nación misma, y que su noble orgullo no sufriría tener á la vista un recuerdo continuo de su humillación.»

Todos los españoles y extranjeros avencinados en la Península quedaban autorizados por otro decreto, para establecer fábricas y ejercer sus industrias sin previo exámen y sin necesidad de títulos ni licencia.

Respecto á la hacienda, aprobóse el establecimiento de una contribución única y directa, que reemplazara á todas las demas; fijáronse los presupuestos para el siguiente año; reconocióse la deuda y quedaron fijadas distintas reglas para clasificarla, liquidarla y pagarla, aplicándose para la extinción de la de sin interés, los bienes nacionales.

El 14 de setiembre de 1813 era fijado para la terminación de las Cortes Constituyentes, y después de nombrada la Diputación permanente que, en virtud de la Constitución, había de quedar entre unas Cortes y otras, cantóse un solemne *Te-Deum*, firmaron la correspondiente acta los diputados, y quedaron disueltas las Cortes.

Al día siguiente mudáronse las disposiciones populares de súbito, y bajo el pretexto de que la Regencia, en virtud de la epidemia que se había desarrollado en la población, trataba de retirarse al puerto de Santa María, promovióse un motin, esparciéndose las más absurdas especies, cometiéndose la irregularidad de reunir las Cortes recién disueltas á pesar de hacer comprender á los amotinados la ilegalidad de semejante acto.

Cuatro días lleváronse en tempestuosas é imprecidentes discusiones, al cabo de los cuales, el 20 del mismo mes tornaron á separarse, dejando á las Cortes ordinarias que decidiesen lo que más prudente creyeran respecto á la traslación.

En virtud de esto, dice un historiador de nuestros días, «se separó de nuevo la Asamblea en circunstancias muy azarosas y alictivas, amagando alborotos, exaltados los ánimos, recrudecido el contagio de modo que, así como días antes lo hicieron los representantes gozosos y celebrados, lo verificaron ahora abatidos y en gran desamparo.»

Antes de terminar todo este período referente á las famosas Cortes

de Cádiz, séanos permitido manifestar que realmente la nueva era de libertades inaugurada para España fué debida á la abnegación, al desinterés, á la dignidad y á la firmeza de aquellos atrevidos reformadores y legisladores, que, llenos de buena fe y de patriotismo, atrajeron con muchas de sus disposiciones grandes bienes y destruyeron muchos é inveterados vicios en varios de los ramos importantes del país.

De acuerdo con la mayoría de los autores, comprendemos que su inexperiencia, sus apasionamientos, y sus errores y sus ilusiones teóricas, impidieronles sacar todo el partido que hubiesen podido, desperdiçando una gran ocasión, bien por culpa propia, bien por el mismo espíritu de la época, para dejar cimentada sobre sólidas bases la vida de la libertad en España.

Seducidos en su mayoría por el ejemplo de Francia, quisieronla copiar en gran parte, pero la copia resultó defectuosa y se ahondaron plagas que, andando el tiempo, habían de producir grandes males.

A pesar de todo, patriótica é importante fué la obra de aquellas Cortes, y por ello, con todos sus defectos y todos sus errores, bien les deben gratitud los españoles.

El día 26 de setiembre constituyóse el Congreso ordinario, instalándose en Cádiz con toda solemnidad el día 1.º de octubre, nombrando antes presidente á D. Francisco Rodríguez de Ledesma, diputado por Extremadura.

Pocos días más tarde la fiebre amarilla se había aumentado en Cádiz con gran intensidad, teniendo que trasladarse á la isla de Leon por esta causa.

Fácilmente se comprendió, en vista del conjunto que ofrecieron estas Cortes, el estado de la opinion pública en España y en la forma que habían impresionado al país las reformas que había decretado la anterior Asamblea.

Salvo algunas raras excepciones, como D. Francisco Martínez de la Rosa, D. Tomas Istúriz, D. José Canga Argüelles y otros diputados reformistas, pertenecía la mayoría al partido antireformador, y de seguro que si hubiesen llegado á Cádiz todos reunidos, y no poco á poco como sucedió, hubiera corrido eminente peligro la obra de la Constituyente.

No sucedió así sin embargo; la epidemia fué causa que contuviera á los más, y á pesar de que, unánimes las Cortes anteriores, habían decretado que ninguno de sus individuos pudiese ser reelegido para la Diputación próxima, se acordó que, en tanto llegaban los diputados propietarios, hiciesen sus veces como á suplentes los de las Cortes extraordinarias, contrabalanceándose de este modo el poder de los dos partidos.

Versaron los primeros debates sobre la Hacienda, lamentándose el ministro D. Manuel López Araujo de la situación fatal en que se hallaba ésta, efecto de la guerra, y para remediarla decretó algunas disposiciones para facilitar de la mejor manera posible la disminución del déficit del presupuesto; tratóse luego del intrincado asunto de las facultades que habían de concederse al duque de Ciudad-Rodrigo, pero tales eran sus exigencias, que no se decidió cosa alguna y desistióse de tal intento.

Un reglamento para el gobierno y dirección del establecimiento del crédito público fué la única disposición de interés que dispuso la Asamblea. Habiendo desaparecido algun tanto la fiebre amarilla, las Cortes acordaron suspender las sesiones en 29 de noviembre para reanudarlas en Madrid el 15 del próximo enero. Así se efectuó, y la Regencia y las Cortes se pusieron en camino con sus oficinas, dependencia y acompañamiento el 19 de noviembre, toda vez que los sucesos de la guerra permitían ya que se verificase semejante tratado.

Algun tiempo habían conservado los ejércitos en la parte occidental de los Pirineos las mismas estancias de antes, pues Wellington no había querido obrar con precipitación.

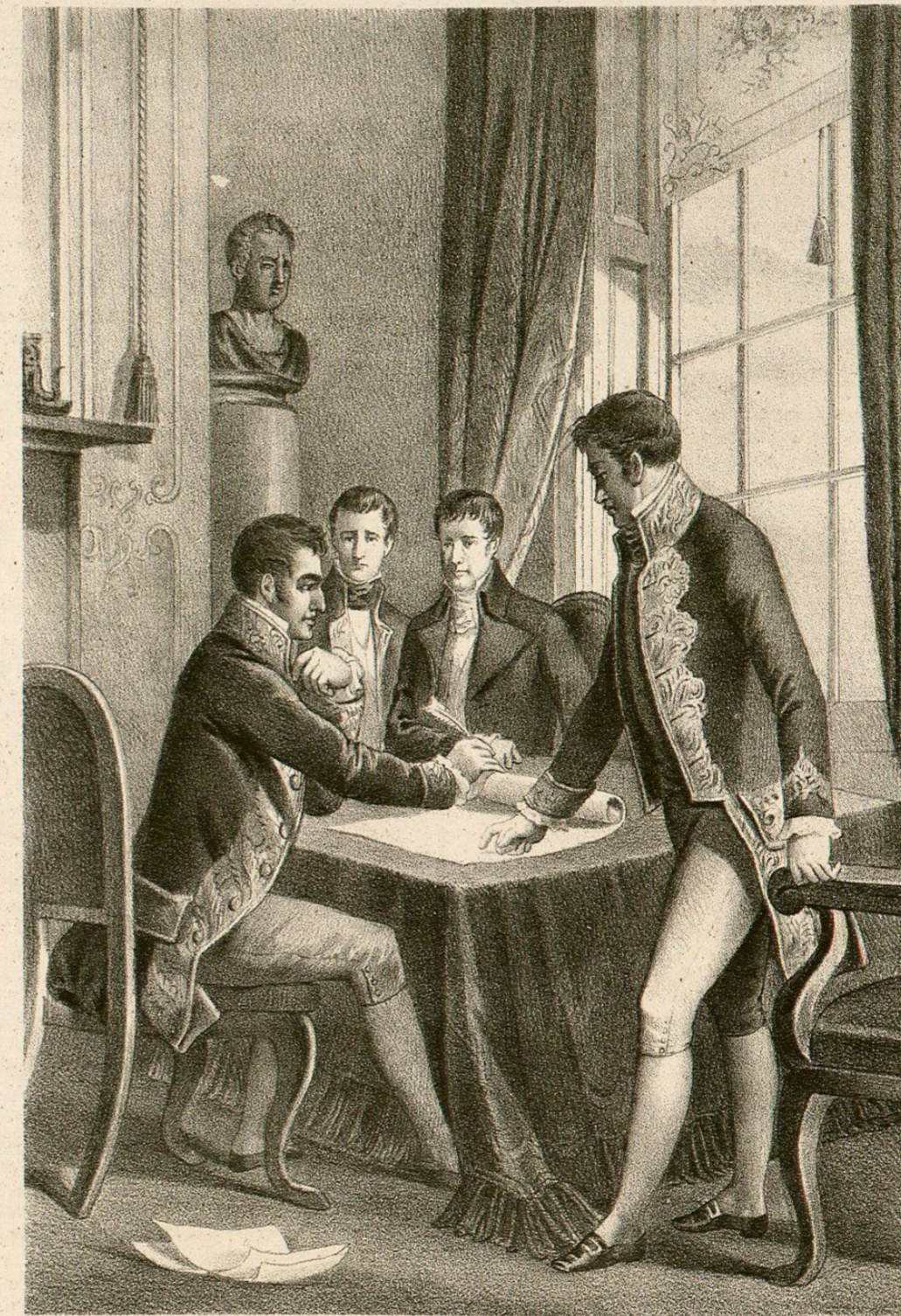
Las líneas españolas se prolongaban desde la desembocadura del Bidasoa hasta los Aldudes, donde formaba su extremidad la división de Espoz y Mina, de la cual una parte bloqueaba el castillo de Jaca y otra se preparaba para amagar por San Juan de-Pié-de-Puerto y el valle de Baigorri.

En la posición opuesta, hacia el estribo más fuerte del Aya, se colocó el general Graham, desembarazado de lo de San Sebastian, y en tal situación Wellington, concluido todo lo perteneciente á los aprestos, y viendo el giro que tomaban los sucesos del Norte, dispuso desde Lesaca el orden de marcha.

Esta extensa línea se puso en movimiento la borrascosa noche del 6 de octubre, y á la siguiente mañana vadeó el Bidasoa, dispersando los puestos enemigos y estableciéndose en terreno frances.

Los aliados, en los diferentes combates que aquellos días sostuvieron, perdieron mil quinientos hombres, siendo entre ellos la mayoría españoles, porque éstos se encontraban en los sitios de mayor peligro.

El primer ejército que así pisó el territorio del antes temido imperio, se vengó con devastadora saña de lo que en España habían hecho al penetrar en ella las huestes de Francia.



TRATADO DE VALENCEY.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 25

## CAPITULO CXII.

Estado de la guerra en 1813.—Desfavorable situacion del Emperador.—La gran coalicion.

VENTAJOSAMENTE preparado más allá de los Pirineos y echados tres puentes en el Bidasoa, el generalísimo no juzgó oportuno continuar en sus operaciones sin que se rindiera ántes la plaza de Pamplona.

El día 3 de octubre se hallaba delante de sus muros D. Carlos de España y el príncipe de Anglona; el gobernador general Cassan les hizo proposiciones de arreglo en vista de la escasez de víveres y el desaliento de las tropas.

No las aceptaron los españoles, y enterados despues de una vigorosa salida de los sitiados que tuvo lugar el día 10 de octubre, y que fué valientemente rechazada, que trataban de arrasar la plaza, intimaron al gobernador que, de hacerlo así, pasarían á cuchillo la plana mayor y diezmarían la guarnicion.

Algun tiempo transcurrió en pláticas y conferencias; pero como arreciaba el hambre, firmóse la capitulacion el 31 de octubre, quedando la guarnicion prisionera de guerra.

De este modo se hicieron dueños los españoles de la plaza sin padecer las fortificaciones perjuicio alguno.

Despejada y libre el ala derecha, Wellington decidió internarse en Francia, procurando que Soult se alejara de la frontera española, segun manifestamos ya en alguno de nuestros capitulos anteriores. Se hallaba el Mariscal aposentado en las márgenes del Nivelles, formando un semicírculo desde Uroge hasta Espelette y Cambo. Violenta acometida se dió á estas posiciones el 10 de noviembre, y dos días despues todo el ejército aliado acampaba en la margen derecha del Nivelles, y Soult, perdidas todas las fortificaciones y evacuado San Juan de Luz, se recogía al campo atrincherado que á prevención se había formado hacia algun tiempo en las cercanías de Bayona, no sin dejar en poder del enemigo cincuenta cañones, mil quinientos prisioneros y cuatrocientos heridos que allí se quedaron.

El mal estado del tiempo fué causa que lord Wellington, alojando en sus operaciones, hiciese estancia en Saint Pé y San Juan de Luz, á cuyo punto llegó el duque de Angulema, primogénito del conde de Artois, bajo el incógnito de conde de Prades. Para evitar sorpresas del ejército francés, estableció el britano una línea defensiva que, empezando en la costa á la espalda de Biarritz, se prolongaba por el camino real, viniendo á parar al Nive, frente de Arcangues.

Dedíose exclusivamente á establecer entre sus tropas una severa disciplina, necesaria en aquellos momentos que se hallaba en país enemigo; y en vista de las privaciones que había de experimentar el soldado y del estado miserable de los españoles, desnudos y mal racionados, hizo que el 4.º ejército y el de la reserva volvieran á España, situándose en la frontera, dispuestos á acudir á su llamamiento, quedándose exclusivamente con la primera division del 4.º ejército al mando de D. Pablo Morillo.

Aunque Wellington no se proponía extender sus incursiones, quiso, no obstante, mejorar sus estancias cruzando el Nive y recorriendo parte de sus orillas, empresa difícil, porque entonces el mariscal Soult se hallaba perfectamente fortalecido en el campo de Bayona.

El día 9 de diciembre el general Hill principió á pasar el río por Cambo, y continuado así el movimiento por las demas divisiones, el enemigo fué huyendo de cerro en cerro y los aliados se posesionaron de la calzada inmediata á Saint-Pierre, estableciéndose en Ureuray y en Hasparren. Los acometidos tornáronse en acometedores el día 10 de diciembre al ver la agresiva actitud de los aliados; pero despues de varios choques sangrientos ocurridos durante cinco días en la derecha é izquierda del ejército de Wellington, en los que abandonaron tres batallones alemanes las banderas francesas, no alcanzó el enemigo á romper las sólidas y firmes líneas de los animosos portugueses, y éstos y los imperiales se mantuvieron en sus anteriores posiciones.

De escasa importancia en comparacion de lo que ocurría en la parte occidental de los Pirineos, era lo que pasaba en las provincias de España, en que aún se mantenía la pelea. En Valencia la division del 2.º ejército rindió el castillo de Morella el 2 de octubre y algun tiempo despues vinieron á partido los defensores de Denia.

Había quedado Suchet en Cataluña dueño del mando juntamente con el de Aragon y Valencia, por haberse retirado á Francia el general Decaen.

Aun constaba el ejército enemigo en el Principado de treinta y dos mil hombres; pero en breve, llamada á Italia la division de Seheroli, desarmados en Barcelona, por disposicion del Emperador, varios cuerpos alemanes, retirada á Francia la gente escogida, y aumentándose la desercion, conforme se repetían los reveses, el ejército francés experimentó una disminucion de nueve mil hombres, quedando Suchet sin fuerzas apénas para salir de los muros de la capital.

Ocurrieron varios encuentros en diversos puntos de Cataluña, pero no tuvieron importancia alguna. Entre ellos los más notables fueron los de Montallá, San Privat, Torre del Baró, Santa Eulalia y San Feliu de Codinas, y algunos choques sostenidos por Rovira

en el alto Ampurdan. Suchet deseaba socorrer á Tortosa y á Lérida, para lo cual se separó del Llobregat así que hubo reunido sus fuerzas el día 1.º de diciembre, y trató de sorprender en Villafranca á los anglo-sicilianos, que otra vez habían adelantado á ella sus cuarteles, pero no pudo conseguir su propósito.

Sarsfield había tenido noticia del movimiento proyectado por los enemigos, y se previno acertadamente y con tiempo bastante para desbaratarlo.

Arrojóse fuera de la poblacion con sus tropas y esperó al francés en terreno á propósito, y como que además el general Copons con tres brigadas de su ejército le amenazaba por el flanco derecho, no tuvo otro remedio el general francés que retirarse precipitadamente á Barcelona, considerándose muy dichoso con haber podido librar tambien.

El día 2 de diciembre arrojó Manso de Sabadell al general Musnier y quemó su campamento.

En virtud de esto, al terminar el año de 1813 presentábase bien poco favorable para Napoleon la guerra en España.

Tampoco alcanzaban mejor suerte las armas francesas en el resto de Europa; los días 16, 17, 18 y 19 de octubre se empeñaron los famosos combates de Leipzig, conocidos por los alemanes por la *batalla de las naciones*. Los sajones y wurtembergueses, al final de la segunda jornada, abandonaron el campo de Napoleon, abrazando las banderas de Bernadotte y decidiendo el resultado de la accion. Mientras que Napoleon efectuaba su retirada con inmensas pérdidas, el príncipe de Suecia, el emperador de Rusia y el rey de Prusia entraban en Leipzig por tres puertas diferentes, y el príncipe Poniatowski, haciendo un esfuerzo para reunirse al ejército principal, se ahogaba en el Elster.

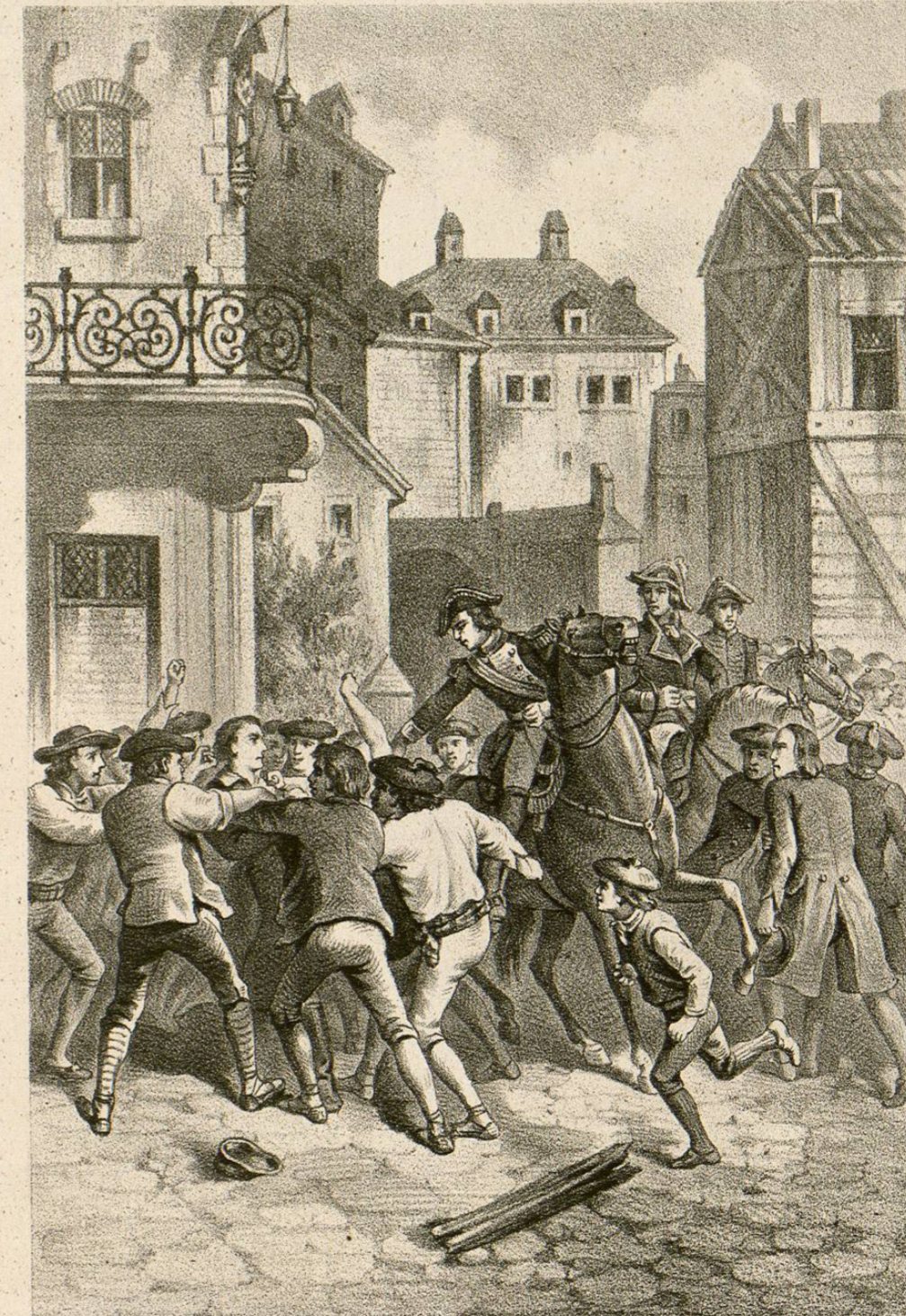
Murat, al abandonar á Napoleon en Erfurth, donde se había detenido, partió para Italia con objeto de defender su reino de Nápoles y el Emperador repasó el Rhin con el reducido y destruido número de tropas de que podía disponer. El 9 de noviembre regresó á Paris con objeto de reunir en la ya aniquilada Francia recursos y soldados para emprender una nueva y más desesperada campaña.

Al propio tiempo que en las plazas del Norte las aisladas guarniciones francesas iban rindiéndose, y que Holanda recuperaba su independencia, llamando al príncipe de Orange, dirigían al Emperador los aliados desde Francfort razonables proposiciones, como eran las de conceder á Francia por límites los Pirineos, los Alpes y el Rhin, con tal que dejase libre á Alemania, España é Italia. Sin dar una contestacion clara y explícita, Napoleon procuraba sólo ganar tiempo, avivando impaciente la ejecucion de un decreto del Senado, en virtud del cual se levantaban otros trescientos mil hombres en todo el imperio. Y en vista de esta actitud, los soberanos aliados el 1.º de diciembre dieron un manifiesto en el que declaraban que no hacían la guerra á Francia sino á Napoleon, ó mejor, á la preponderancia que éste había ejercido fuera de los límites de sus estados, para desgracia de Europa, y dieron principio al paso del Rhin por tres puntos distintos el 21 de diciembre, resueltos á castigar tantos agravios como á todas las naciones había inferido el imperio de Francia. Estos acontecimientos, juntamente con los triunfos alcanzados por Wellington en los Pirineos occidentales, causaron gran júbilo en España, celebrándose en las ciudades grandes regocijos y *Te-Deum*.

Ocupado Napoleon en buscar recursos y medios para salir de estos apuros, creyó oportuno, para desembarazarse de la guerra de España que tan mal le había ido, como para aminorar sus enemigos y sembrar entre ellos disensiones, atraerse á Fernando VII, el cual continuaba cautivo en el palacio de Valencey. Decidido á devolverle el trono que le usurpara, negociando con él un tratado en perjuicio de Inglaterra, el conde de Laforest, enviado suyo, bajo el nombre de M. Dubois, se presentó en Valencey el 17 de noviembre con una carta para Fernando, á quien el Emperador daba el tratamiento de primo y de alteza, y en ella, acreditando al Conde y autorizando cuanto dijera, expresábase, segun dice un historiador moderno, en los siguientes términos:

«Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política, me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo ménos de sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis Estados, y con la que tengo tantos intereses marítimos y comunes. Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que por tanto tiempo han existido entre las dos naciones.»

Laforest, en un discurso que había preparado, amplió las ideas contenidas en la carta, ponderando el estado en que España se encontraba de anarquía, á lo que Fernando le contestó que le sorprendía la carta y el discurso por versar sobre asuntos que en su destierro había ignorado; que necesitaba tiempo para meditar lo que á sus intereses convenía, y que contestaría á Laforest cuando estuviera en el caso de hacerlo.



PRISION DE LOS AGITADORES DE LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.